



A PROPOSITO DEL TRATAMIENTO DEL AUTISMO 2 - GUSTAVO DESSAL

He aquí una contribución de Gustavo Dessal en la que realiza un interesante recorrido para mostrarnos como cuajó la tesis de que el desencadenamiento del Autismo podría estar conectado con la vacunación de los niños y las repercusiones que esta tesis tuvo en Inglaterra y en Estados Unidos.

Ver el último número de Lacan Quotidien, 159, enteramente dedicado al debate, con artículos de Eric Laurent, François Arsermet, Jean-Claude Maleval y otros.

Nicola PURGATO, el nuevo Director de ANTENNA 112 y de Antennina de Venecia, centros especializados en el tratamiento del Autismo, nos pide que firmemos también la petición que se ha puesto en marcha en Italia, a través de L'’Istituto di Ortofonología de Roma, con el fin de que se abra de nuevo la mesa de negociaciones sobre la cuestión del Autismo con el Ministerio de Salud.

AUTISMO, SARAMPIÓN Y OTRAS RONCHAS: CRÓNICA DE UN FRAUDE

“¡Cuántas dudas, cuántas hipótesis, cuántos laberintos entretenimiento, cuántos campos de disputas, qué océano de falsa ciencia se podrían evitar con ese único concepto de inmaterialismo!”

Obispo Berkeley, Tres diálogos entre Hilas y Filonús

En el año 1995, Rosemary Kessick era una consultora financiera residente en Londres que se había visto obligada a abandonar su trabajo debido a una tragedia familiar: su segundo hijo, que según su propio relato había nacido sano y se desarrollaba feliz, siguiendo las líneas ejemplares de los más modernos manuales de crianza, comenzó a padecer graves síntomas intestinales, seguidos de un trastorno regresivo que culminó en un autismo grave, con pérdida del lenguaje y contacto social. Para la señora Kessick, la causa de lo que había sucedido era inequívoca: su pequeño William había desencadenado el cuadro intestinal pocos días después de haber sido vacunado con la Triple Vírica, una vacuna que inmuniza contra las paperas, la rubeola y el sarampión. Los médicos no estaban dispuestos a secundar su teoría, y en su desesperación se dirigió al Royal Free Hospital de Londres para entrevistarse con el Dr. Andrew Wakefield, por entonces un reputado especialista en enfermedades intestinales. El Dr. Wakefield no había visto jamás un caso de autismo, pero ante la angustiada y obstinada presión de la señora Kessick aceptó investigar al niño mediante una colonoscopia. Para su sorpresa, el tracto intestinal de William presentaba un tipo de inflamación y de lesiones nunca antes observadas. Al año siguiente, Andrew

Wakefield publicó un artículo en la prestigiosa revista *The Lancet* en el que afirmaba haber encontrado una conexión entre el virus del sarampión, inoculado por la vacuna, y el autismo. Rosemary Kessick, que había creado una asociación denominada “Autismo Alérgicamente Inducido”, se convirtió en una militante activa difundiendo mediante toda clase de foros y entrevistas el descubrimiento del Dr. Wakefield. La señora Kessick convirtió su drama personal en una cruzada contra la vacunación. Las cosas aumentaron de grado cuando el Dr. Wakefield, en una conferencia de prensa que tuvo un inmenso impacto en la opinión pública y en la comunidad científica, aseguró que la vacuna Triple Vírica debía suspenderse, y en su lugar aplicarse vacunas distintas contra el sarampión, las paperas y la rubeola, en períodos separados por un año. Miles de padres se dirigieron a las autoridades sanitarias en busca de una respuesta, y el Ministerio de Salud comenzó a interesarse en el problema.

Muy pronto las aguas se dividieron. El Dr. Wakefield buscó respaldo a su teoría, y se asoció con John O’Leary, un experto irlandés en la detección de virus. O’Leary había creado un método capaz de rastrear el más mínimo residuo infinitesimal de un virus, y Wakefield le envió muestras de tejido intestinal extraído mediante las pruebas colonoscópicas a un grupo de 12 niños autistas, entre los que se encontraba William. Los resultados no tardaron en dar la razón al doctor Wakefield: en todos los casos se había hallado la presencia inequívoca del virus del sarampión. Las asociaciones de padres contrarios a la vacunación infantil comenzaron a multiplicarse, no solo en el Reino Unido, sino también en otros países. Como consecuencia, el sarampión -que para entonces había sido erradicado de Europa occidental- reapareció con niveles epidemiológicos preocupantes.

Las autoridades sanitarias del Reino Unido comenzaron a enfocar la teoría de Wakefield desde el punto de vista epidemiológico, sometiendo a un tratamiento estadístico la correlación entre casos de autismo y vacunación. La señora Kessick, completamente empeñada en respaldar al Dr. Wakefield, desencadenó una campaña de opinión contra el Ministerio de Sanidad. “Los estudios epidemiológicos ponen fuera de duda el valor positivo de la Triple Vírica”, objeta un periodista en una entrevista con Rosemary. “Las estadísticas pueden convencerlo a uno o no. A mí no me convencen. No tengo tiempo para estadísticas cuando estoy ante un niño enfermo”, responde ella.

Las autoridades sanitarias van descubriendo poco a poco algunas anomalías en las investigaciones de Wakefield, y comienzan a sospechar. Se demuestra que el método de detección de virus utilizado por O’Leary conduce a resultados erróneos. El Dr. Wakefield se traslada a los Estados Unidos, tras ser obligado a dimitir de las instituciones británicas en las que trabajaba. Allí no tarda en encontrar seguidores, algunos de ellos de gran importancia mediática, como Jenny McCarthy, una modelo de *Playboy* convertida al periodismo, y madre de un niño autista. Jenny, al frente de un programa televisivo de una enorme audiencia, adopta una defensa apasionada de las teorías antivacunas del Dr. Wakefield, incluso después de ser galardonada con el Pegasus Award, un premio satírico que otorga la Fundación Educativa James Randi a aquellas personas que contribuyen a la difusión de la pseudociencia. Los índices de sarampión aumentan también en USA, aunque lamentablemente no disminuye el número de autistas.

The Lancet, por la vía de su director, se retracta y publica una nota desacreditando el artículo en cuestión. Brian Deer, un destacado periodista del

Toronto Star, inicia una investigación sobre Wakefield, descubriendo una trama de corrupción que involucraba a algunos padres de autistas, abogados ingleses y, por supuesto, al Dr. Wakefield, que había cobrado 400.000 libras por fraguar un estudio que serviría para iniciar una demanda judicial multimillonaria a los laboratorios que fabrican la Triple Vírica. Sale también a la luz que Andrew Wakefield había creado una compañía dedicada a la venta de un test para diagnosticar el trastorno intestinal causante del autismo, y con el que estimaba conseguir ingresos por varios millones de libras.

Wakefield fue apartado de la carrera médica, privado de su título, prohibiéndose su actividad tanto en el Reino Unido como en los Estados Unidos.

Rosemary Kessick continúa su campaña antivacunación, y es autora de dos libros: *Autismo y Dieta*, y *Autismo y trastornos gastrointestinales*, en los que persiste en sostener la correlación entre autismo y enfermedades gastrointestinales. No parece interesada en la observación del Profesor Stephen Senn, uno de los estadísticos involucrados en la investigación sobre las actividades de Wakefield: “Creo que existe una tendencia natural a confundir subsecuencia con consecuencia. Esto es, a afirmar que por el hecho de que un acontecimiento se produzca detrás de otro, este último es su causa”.

A pesar de haberse revelado como un fraude científico, práctica nada inusual y bien conocida por prestigiosos y honestos representantes del discurso científico (Cf. la obra de Richard Lewontin, dedicada en buena medida a denunciar la superchería científica) un gran número de asociaciones de padres, necesitados de abrazar una etiología “objetiva” para el autismo, continúan sosteniendo la causalidad vírica. Los profetas mediáticos y divulgadores científicos, asociados a las grandes cadenas informativas, se han convertido en líderes de opinión capaces de trenzar los intereses del mercado, la sensibilidad de la audiencia, la promesa de felicidad, y el pragmatismo de la “evidencia”. Las asociaciones de enfermos, manipuladas en ocasiones por representantes de la industria farmacéutica, cobran un poder cada vez mayor, al punto de ejercer una considerable presión política en algunos casos. Indudablemente, orientarse en este laberinto en el que la buena fe puede verse enredada en oscuras trampas, no es una tarea fácil. El psicoanálisis no es un adversario de la ciencia, pese a que algunos miembros de la comunidad científica lo pretendan. No es tampoco la voz de la conciencia moral, papel que le cabe a la Iglesia Católica, antagonista histórica y pertinaz del desarrollo científico. Su función es tal vez más modesta: recolector de residuos. Esos residuos, restos, desechos del discurso, que caen del lado del inconsciente, convirtiéndose así en los rasgos de identidad más verdadera e irrepetible del ser hablante, su código de barras subjetivo. El psicoanálisis no promete la curación, sino que ofrece un marco de dignidad para la palabra de aquel que sufre, incluso para aquel que sufre por no tener palabras.